

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE PARÍS Y DE AQUÍ

Mis observaciones acerca de París tienen por fuerza que referirse á otras análogas observaciones acerca de Madrid, pues observar es comparar. Y lo primero que noto es que en los salones españoles el trato es menos reservado que en los parisienses. Aquí todo el mundo conoce íntimamente á todo el mundo; el círculo es reducido, invariable, y la tendencia del carácter á la familiaridad se manifiesta en la chanza, en el discreto, en la interpelación directa y espontánea, en la respuesta franca y confianzuda. Allí, aun en el salón donde más se escoge, no todos saben quiénes son todos, lo cual obliga á permanecer en su lugar, á no traspasar el límite prefijado, con cierta cautela y corrección diplomáticas.

En los salones franceses no se juega: ni una mesa de *volant*. Dicen que hará cosa de ocho ó diez años se jugaba bastante, pero que ahora el juego ha pasado de moda enteramente. En Madrid sucede lo contrario: no sólo la gente formal, la del tresillo, sino la gente joven, muestra casi mayor afición al juego que al baile. También la música y los versos, desacreditados aquí, están en París muy en favor, no ya en las tertulias literarias (en éstas acaso menos), sino en reuniones donde el elemento intelectual no predomina. Es cosa corriente llamar á los actores que trabajan en los teatros para que reciten, y se les escucha con religioso silencio, con impresión al parecer grata. En la elegante y magnífica morada de Madame Barratin, que me ofreció una fiesta, salió un actor de la Comedia Francesa á decir... fábulas de Lafontaine. Quisiera yo ver á una reunión de españoles si les brindasen como pasatiempo fábulas de Iriarte ó de Samaniego. Dirían que eso ya lo habíamos aprendido en la escuela, que era tratarnos como á chiquillos, y que para la fabulita, el nene que vuelve del colegio. Dudo que hubiera fuerzas humanas que nos obligasen á escuchar atentamente. Verdad que eso de escuchar atentamente es raro en Madrid. Se habla sin cesar en el teatro Real, estando levantada la cortina; se alborota en los demás teatros, en todas partes — excepto quizás en la tribuna del Congreso. — En las sesiones Académicas cuesta trabajo que dejen oír los discursos; y en los conciertos clásicos, ha sido necesario que la energía de los aficionados reprima la charla; lo han conseguido, pero no sin lucha. Dos anécdotas. — Cuando vino á Madrid creo por primera vez Ermete Novelli, detrás de una señora que quería enterarse de cómo representaba el *Otello* el gran actor italiano, sentáronse dos damas que se pasaban el acto entero platicando con un sujeto de esos que explican el argumento y hacen crítica á su modo. Cansóse la señora, y medio volviéndose exclamó: «Maldito de Novelli, que no me deja oír á este caballero.» Fué eficaz el recurso: el parlanchín tuvo por conveniente respetar el derecho, adquirido al comprar la localidad, de oír lo que se dijese desde la escena. — En una casa aristocrática de Madrid se daban conciertos muy escogidos, música excelente, *di camera*. El dueño se secaba la garganta de tanto hacer *jssst!*, *jssst!* á cada número. Y no sabiendo á qué santo encomendarse, acabó por sacar

un cartel donde en letras gordas como nueces rezaba: «Se suplica el silencio.» Algo logró, sobre todo el primer día..., que al segundo, el bisbiseo y las risas menudas y los diálogos tras el abanico volvieron á demostrar que la música doméstica á las fieras y no acalla á los racionales.

Acostumbrada á estas genialidades de la sociedad madrileña, no ha dejado de sorprenderme el interés y complacencia con que la música y la poesía son recibidas en los salones de París. Aquí se calificarían de *latas* (antipática palabra) tales solaces artísticos. Otro rasgo que no está en nuestra condición: una señorita que sale á recitar sus propias poesías, que refiere en ellas la historia de sus amores malogrados con el heredero de un trono; que se expresa con sensibilidad y vehemencia extraordinaria, y que no determina en los espectadores ni cuchicheos maliciosos ni comentarios malévolos, sino sólo el elogio á lo que elogiarse merece, al valor de la poesía, á la maestría y fuerza del modo de decir. Es muy probable que en Madrid los sentidos versos de Elena Vacaresco se tomasen únicamente por donde queman; confieso que me pareció muy sensata y respetuosa la actitud de los que en París la oían.

En cambio — es preciso ser justos, — ciertas cancioncillas que en sociedades muy selectas de París se aplauden, son algo fuertes y picantes, á mi modo de ver, para un salón. En esta parte quizás llevan ventaja nuestras costumbres. No me asustaría de las cancioncillas en un teatro alegre: cada cosa tiene su atmósfera, su horizonte propio. En un salón, la *divette*, subrayando osada y picarescamente ciertos pasajes, está como gallina en corral ajeno. A bien que, lo repito, la cultura del auditorio suaviza las asperezas. El modo de oír, fino, cortés, de buen gusto, salva las escabrosidades de la *chansonnette*, así como da su valor propio á la fábula, al poema, al *pezzo di musica* sabia. No parece sino que están repitiendo aquellos espectadores: «Cada manifestación del ingenio ó del arte encuentra en nosotros fibra que herir. Nada desconocemos, nada es ajeno á nuestra variada ilustración. Reímos y celebramos la *chansonnette*, comprendemos el sentimiento en la poesía, y en esto estriba nuestro refinamiento precisamente.»

* *

Otra impresión *comparativa* es la de los trajes. La moda de este año casi desnuda á la mujer: en Madrid todavía se lleva ropa interior, enaguas, y mangas en los cuerpos: en París la falda del traje modela estrictamente las formas, la manga ha desaparecido, el busto surge entero del corpiño, sujeto sólo en los hombros por ligera guirnalda de flores ó cadenilla de brillantes ó de perlas. En Madrid todavía se ven cabezas reducidas: en París los peinados son enormes, anchísimos, crespos, y los adornos sobresalen á uno y otro lado de la sien, como en el famoso busto de Elche. — Amenaza el turbante imperial y asoma ya el inmenso pájaro del paraíso que lucían nuestros abuelos.

Al buffet se le consagra menos tiempo en París que en Madrid. En varias casas se sirven los refrescos en bandejas, lo mismo que en la *Soirée de Ca-chupin*, lo cual tiene el inconveniente de que los criados, si no son muy cuidadosos, manchan los trajes. Esto de las bandejas *pasantes* me parecía á mí muy bien suprimido, pero noto que todavía se lleva por allí. En cambio las comidas son excelentes, servidas como por invisibles duendecillos, y las mesas ofrecen un golpe de vista admirable, y las frutas y flores maravillan. ¿Quién dijo que eran insípidas la fruta y la hortaliza francesas? La traerán de los confines del mundo, pero no cabe nada tan delicioso como la fresa y los *asperges* de París en esta época del año. Nuestra famosa fresilla de Aranjuez tiene que rendir el pabellón ante el fresón rojo y terso como el coral, jugoso, perfumado, que en París presentan con tal coquetería, en unos tiestecillos de barro que cogen hasta media docena de fresones, donde no pueden estropearse, tapados por hojas que les guardan la frescura.

Es artista el francés, hasta cuando es verdulero, cocinero ó catasalsas. El menor detalle lo cuida, lo ajusta, lo lleva á la posible perfección. Se come con los ojos, se recrea el ánimo con la limpieza y alegría de las mesas, con la nitidez de los escaparates. — El campo en las cercanías de París está convertido en jardín, y debe de ser uno de los estudios más atractivos que allí pueden hacerse el de recorrer las huertas de legumbres y de frutales, viendo los sistemas de cultivo y los mil y un artificios para corregir á la naturaleza y mejorar sus productos.

No tuve tiempo para ejecutarlo; casi no lo tuve para atender á los obsequios que me prodigaron los hispanófilos, los literatos, las señoras feministas, las

señoras socialistas, las señoras que miran con desagrado el socialismo y el feminismo, nuestros amables embajadores, los periódicos, las revistas, los sudamericanos, tanta y tanta gente que ha extremado la bondad y la cortesía con el ave de paso. El mayor motivo de reconocimiento lo encuentro en lo delicado, oportuno y bien medido de los agasajos, y en que con ocasión de ellos se haya recordado siempre á España con simpatía y cordialidad profunda, interesándose por su *relèvement*, como allí dicen. Se conoce bastante bien en París la situación de nuestra desdichada patria, que por algún concepto recuerda á los franceses la que Francia atravesó después de la guerra y de la *Commune*, y aleccionados por la experiencia, ven nuestro problema con lucidez: comprenden que aquí importan dos asuntos — hacienda y pedagogía, — el uno urgente, urgentísimo el otro, aunque el segundo parezca, y sea en efecto, obra de paciencia y de largo esfuerzo nacional... Con el arreglo de la cuestión económica podrá sostenerse á flote nuestro crédito y se evitarán los peligros de intervenciones que siempre han de fundarse en algo, y que sin pretexto no parece verosímil que lleguen á realizarse; con la reforma y ampliación de la Instrucción pública, podrá infundirse á todas las clases de la sociedad española el indispensable concepto de la vida moderna, que nos falta; podrán desenvolverse nuestras aptitudes y florecer nuestra industria y acaso determinarse alguna actividad científica, que tanto necesitamos. A los franceses no les parece imposible que consigamos resultados brillantes en este terreno, porque ellos, al reconocer que les habían vencido, no las tropas de Moltke, sino los maestros de escuela alemanes, reconocieron también que era indispensable cambiar de rumbo y apretar en la instrucción sin descanso. Todavía no les parece suficiente lo hecho, y tienen razón, porque nobleza obliga, y la hegemonía de las naciones más ó menos propiamente llamadas latinas pone á Francia en el caso de no contentarse con una relatividad que nosotros, por ahora, ya quisiéramos para los días de fiesta.

¿Si los españoles pudiesen presentir y adivinar, en el infinito que á veces les ilumina, la importancia de esta cuestión de la enseñanza para la vida nacional! Por desdicha, la infecunda *blague* que de nosotros se ha enseñoreado, también infesta el terreno de la enseñanza. Joaquinito Rodajas nos divierte más de lo que nos indigna; es un tipo favorito para nosotros; le hemos cobrado afición. Un chico que no sabe nada y que al preguntarle contesta desatinos..., ¿dónde hay cosa tan chistosa? — Y celebramos de todo corazón á Joaquinito Rodajas. — Casi le preferimos al tipo del estudiante aplicado. Hemos erigido en axioma que los que *después* fueron grandes hombres, estudiaron mal y poco y se atracaron de *suspensos*. No conozco leyenda poética más española que la de la ciencia infusa de Raimundo Lulio. Quisiéramos ser como aquel extraordinario filósofo y propagandista de la Edad Media: retirarnos á una cueva algún tiempo y salir de la cueva sabiendo, por arte de birlibirloque, todas las disciplinas divinas y humanas, mientras que en las hojas de los árboles que cierran la boca de la caverna aparecen letras escritas, y los cantos de las aves resuenan como glosas latinas, arábicas, siriacas y caldeas. Así, por magia, sin tener que calentarse los cascos...

EMILIA PARDO BAZÁN